

EL AMADOR CASI OLVIDADO

UN DISCURSO SOBRE EL ESPACIO Y LA MEMORIA
PLANTEA LA EXPOSICIÓN FOTOGRÁFICA 'AMADOR'.



MICHELLE
MONTENEGRO

A l recorrer la muestra de fotografías Amador, de Ricardo López Arias, es imposible no plantearse si los lugares tienen memoria. La respuesta parece ser afirmativa. Si bien la cara y la memoria reciente de Amador ha cambiado a un espacio de atracción turística, sus espacios olvidados guardan el recuerdo desvencijado de un largo episodio de la historia panameña. Las paredes no olvidan.

De cierta manera, y en un primer momento, se trata de un discurso sobre el espacio. Solo con ingresar a la exposición asistimos a una especie de reconstrucción espacial. Una pared con agujeros de bala a la altura del torso del espectador, un pozo oscuro a nivel de



CORTESÍA/ Ricardo López Arias

suelo y una puerta que se abre con un punto de fuga frente a los ojos crean una conjunción entre la imagen y lo sensorial, haciendo posible una inmersión en ese espacio que el mismo montaje traza.

La disposición de las imágenes en la pared activa toda una serie de conexiones simbólicas, algo siniestras, en el más puro sentido freudiano del *Unheimlich*, donde lo terrorífico se esconde en lo aparentemente cotidiano.

La sensación se refuerza a nivel del consciente al saber que lo que el fotógrafo retrata es Amador, que más allá de la calzada y el Biomuseo, esa palabra también incluye en su campo semántico el sitio de defensa largamente ocupado por los estadounidenses y luego por las Fuerzas de Defensa. La ocupación y la dictadura. Es imposible no pensar lo que vieron y oyeron esas paredes. Lo interesante es que todo ello se completa en un juego de sugerencias, pues el fotógrafo huye de lo referencial, valiéndose en varias ocasiones de la abstracción.

Captadas a corta distancia, los ob-

jetos se convierten en elementos más bien abstractos, y precisamente por eso podrían no hablarnos sobre ese lugar específico, sino que puede extrapolarse a una memoria tangible del pasado violento de Latinoamérica.

Hojas secas, cosas rotas, pintura desvencijada, espacios abiertos y solitarios donde sabemos hubo presencia humana. En esta muestra, López Arias maneja una poética de la ruina, esa belleza de lo destrozado, que pudo apreciarse en su muestra anterior, Colón. Se hace patente sobre todo en una bella imagen que muestra un solar donde la vegetación, incontenible y feroz, sube y se enrosca en los pilares que alguna vez sostuvieron una edificación.

Por otro lado, la equilibrada geometría de las composiciones hace el contraste entre lo caótico y oscuro de la imagen que muestra. Muchas de ellas, particularmente las de los espacios arquitectónicos desolados, tienen una serenidad clásica dada por el uso de la antigua fórmula de sección áurea en la composición. A nivel simbólico de lo que las fotografías nos muestran, es también muy potente. Un árbol cuya copa está sembrada de agujeros de bala propone una ironía visual, que no puede ser mayor que la del directorio telefónico acosado por el tiempo y la humedad que muestra entre sus páginas el número de teléfono de la OEA. Así, la memoria de las cosas.

INFORMACIÓN

FECHA:
Hasta el 13 de noviembre
LUGAR:
Casa del Soldado
HORARIO:
Martes a domingo de 10:00 a.m. a 8:00 p.m.